

GRANDE HISTORIA E HISTORIA NORMAL EN PAUL GROUSSAC

Omar Acha
Universidad de Buenos Aires
Departamento de Filosofía

Introducción

Francés nacido en 1848, Paul Groussac llegó al Río de la Plata en 1866. A pesar de sus proyectos de regresar en algún momento al hexágono, diversas circunstancias lo mantuvieron en la Argentina hasta su fallecimiento en 1929. Profesor e inspector de colegios, periodista, ensayista, crítico literario, bibliotecario e historiador, Groussac ganó un lugar en la historia cultural argentina como un estilista de la llamada Generación del Ochenta.

En este texto propongo una evaluación parcial de su trayectoria, que no podrá eludir plantear una austera teoría de la historia. ¿Cuál fue el tamaño historiográfico de Paul Groussac? Responder a esta pregunta es una tarea pendiente de la historia de la historiografía en la Argentina. La mayor parte de la bibliografía a él dedicada lo ha capturado en el sitio de la *transición*. Groussac habría sido un puente entre el momento fundacional establecido por los grandes libros de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López y la profesionalización que comienza a prosperar con la Nueva Escuela Histórica de Ricardo Levene y Emilio Ravignani, para nombrar a los más relevantes.¹ Otra interpretación lo ha emplazado en un lugar apartado de las tendencias historiográficas. Tulio Halperin Donghi, que presenta al período 1880-1910 como un tiempo de tanteos históricos ante una crisis narrativa, reduce la significación de Groussac a una marginalidad “que buscó puntillosamente conservar”.² Un mérito de la reseña simpatizante elaborada por José Luis Romero en ocasión del fallecimiento de Groussac consistió en que se resistía a situarlo en el pasado de un presente venturoso; porque el joven Romero ya sabía que su propio camino no sería el de la Nueva Escuela, reclamaba la vigencia del escritor tantos años protegido por la Biblioteca Nacional.³

Es curioso que la ubicación transicional de Groussac coexistiera con el reconocimiento de su aporte como estilista. En buena medida esa valoración era funcional con su desplazamiento a la prehistoria de la historiografía académica. Es bien sabido que los ascendentes historiadores de la Nueva Escuela Histórica denunciaron las impertinencias que la singularidad groussaquiana prohijaba en sus estudios históricos.⁴ La yuxtaposición del reconocimiento

¹ Rómulo Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina*, La Plata, Universidad, 1925; Juan Canter, “En torno a Paul Groussac y su obra”, en *Síntesis*, año 2, n° 27, agosto de 1929; Juan P. Echagüe, “Groussac en nuestra historia”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. 20-21, 1947-1948; Roberto Etchepareborda, “Groussac, historiador”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. 52, 1979; Alejandro Eujanián, “Paul Groussac y la crítica historiográfica”, en Alejandro Cattaruzza y A. Eujanián, *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Buenos Aires-Madrid, Alianza, 2003; Nora Pagano y Martha Rodríguez, “Las polémicas historiográficas en el marco de la profesionalización y consolidación de la disciplina histórica”, en *Estudios Sociales*, n° 17, Santa Fe, 1999; Paula Bruno, *Paul Groussac. Un estrategia intelectual*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

² T. Halperin Donghi, “La historiografía argentina, del Ochenta al Centenario”, en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, p. 54.

³ J. L. Romero, “Los hombres y la historia en Groussac”, en *Nosotros*, número extraordinario, n° 242, julio de 1929, reproducido en *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1989.

⁴ Rómulo Carbia, “El señor Groussac historiógrafo”, en *Nosotros*, n° 68, diciembre de 1914; Roberto Levillier, “El aspecto moral de la obra del señor Pablo Groussac”, en *Nosotros*, n° 86, julio de 1916; Diego Luis Molinari,

como escritor y la separación del canon historiográfico anularon la comprensión de Groussac como autor de obras históricas.

¿Qué nos depara un estudio de Groussac como autor? Para responder a esta pregunta propongo una distinción entre la *historia normal* y la *grande historia*. Esa elucidación conceptual dará paso al interrogante de por qué Groussac se mantuvo en el umbral de la historia normal.

Una sección posterior debatirá el campo de la biografía como territorio fundamental de la imaginación histórica de Groussac. En el examen de sus obras esenciales emergerá la materia que permita una evaluación de la mencionada restricción del autor a la historia normal. Por último, ensayaré una prospección de las implicancias culturales de un balance contemporáneo de Groussac historiador y escritor.

La grande historia y la historia normal

En tiempos de normalidad académica, la historiografía sigue la huella epistémica prevaleciente, que es la de la historia normal. En lenguaje kuhniano, correspondería al acatamiento de un modelo ejemplar, el producto prototípico de la “ciencia normal”.⁵ Lo inusual es la grande historia. La historia normal es la que se observa en las revistas especializadas, en los congresos del ramo, en los institutos de investigación del oficio. La grande historia es la que excede esos dispositivos, por lo demás imprescindibles para una obra historiográfica de largo aliento. Pero es un hecho que la normalidad historiadora no procrea adrede grandes historiadoras, ni grandes historiadores. ¿Qué hace la historia normal?

La historia normal matiza, corrige, deconstruye, aporta datos, afina perfiles de personajes, establece mejor una cronología dudosa, rectifica cifras, descarta fuentes documentales apócrifas. Los casos más afortunados de esta historia normal son los que añaden al cuidado del detalle la inauguración de nuevos archivos para la investigación; en efecto, así esmalta su normalidad con una pátina de innovación. Pero la historia normal es por definición mediana, y hace de su prudencia particular su mejor valor colectivo, porque supone —con justos motivos— que de esa manera se eluden extravíos, ideologías y vaguedades. No se crea que así mengua su confianza. Hay en ella una jactancia por su irredimible modestia. Desde su grisalla, se envanece de no caer en el “ensayismo” o en la “literatura”. La historia normal es de institución, de universidad moderna; es “fordista”; su objetivo es la reproducción de una episteme. Al avanzar con pies de plomo, sus trancos son seguros. Antes que cuestionar el sistema de sus preguntas, intenta agotarlas para pasar a las siguientes; multiplica en lugar de dividir. Como carece de auténtica preocupación teórica, a veces pretende que la inducción procrea una grandeza, y cree que la acumulación de monografías operará en su debido momento un salto de la cantidad a la cualidad.

La grande historia es la que inaugura nuevos ciclos historiográficos, la que desflora nuevos campos del entendimiento de la experiencia temporal, la que reconoce o propone inesperadas fórmulas de identificación colectiva. En apariencia, estaría desacreditada en estos tiempos posmodernos, dado que engendra los temidos *grandes relatos*. La grande historia es perversa, revisionista, anormal y amoral, en fin, subversiva, porque sólo a través de una ruptura puede constituirse en un nuevo comienzo. Utiliza los documentos ajados por el quehacer burocrático del paradigma preexistente en la historia normal, pero los lee de otra manera. Ante ella, la

“Groussac y el método”, en *Nosotros*, n° 89, setiembre de 1916.

⁵ Th. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), México, Fondo de Cultura Económica, vs. eds. Como se verá, la utilidad de Kuhn es parcial. Si como en su argumento hay una “crisis” para el reemplazo de paradigmas, en las llamadas “ciencias humanas” eso implica mucho más que la aparición de una anomalía que hace entrar en crisis al saber preexistente.

historia normal se resiste y, en algún momento, se marchita. La grande historia tiene algo de filosofía, de pretensión de sentido, de aspiración a hallar un relato original. Tiene también un humor mesiánico, y se ha visto numerosas aspirantes a grande historia caer en el olvido no siempre inmerecido. Muchas veces la grande historia se extravía, se hace dogma prematuro y cristaliza en mamotreto inútil. Ese es su riesgo.

Un *gran historiador* fue Johann G. Droysen, que inventó el helenismo como una época de la historia de la cultura mediterránea; también lo fue Jacob Burckhardt, que tornó comprensible el Renacimiento italiano y redefinió el cuadro de la historia occidental. Más cerca nuestro, hizo grande historia Edward P. Thompson, que refiguró el concepto de clase social (y así alteró indeleblemente el marxismo) y propuso una manera diferente de evaluar desde abajo la Revolución Industrial que otro gran historiador, Eric J. Hobsbawm, había intentado hacer con los parámetros de la historia normal económica y fracasó; o también fue un gran historiador Carlo Ginzburg, que reintrodujo al campesinado europeo en la historia de la cultura y modificó el telescopio historiográfico por un microscopio que, sin embargo, ve más lejos. En Latinoamérica lo fueron el peruano Jorge Basadre y el brasileño Sergio Buarque de Holanda. Podemos notar en la Argentina algún ejercicio de grande historia. La de Bartolomé Mitre, con su tesis romántica del democratismo raigal rioplatense. Fue trunca, pero lo fue, la de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta en la tercera parte de *La Argentina y el imperialismo británico*; sin duda tuvo el gesto de gran historiador José Luis Romero cuando creó la época de la “Argentina aluvial” y narró América Latina en una historia urbana que se atrevía a enunciar Europa. Como grandes historiadores, cada cual debe ser pensado en su tiempo y su mundo, y como se verá más tarde, más allá de una historia de las ideas. En efecto, veremos que el surgimiento de una grande historia no es meramente la expresión de una intención o un proyecto; exige la vivencia de una crisis y de una ausencia.

La historia normal y la grande historia son dos tipos ideales. Su antagonismo absoluto es una ilusión. Lo que es necesario elaborar es su *asimetría*. En efecto, sólo en apariencia hay historia normal sin la grande. Es una verdad de Pero Grullo que tras la pedante autocomplacencia de la mera erudición late siempre, sin ella saberlo, una narrativa reprimida. Como sea, la historia normal pervive en la ceguera de su autorrepresión. Pero no hay grande historia que no practique lo mejor de la minucia comprensiva y de la pasión del archivo. La grande historia, como dije, tiene algo de filosofía, pero no se reduce a una filosofía especulativa de la historia al modo de Hegel o Toynbee. Por el contrario, la grande historia se alimenta tanto del detalle como del ardor de narrar. Para la grande historia, la normal, es a veces fuente de preciosas informaciones, e incluso una promesa de enseñanzas. A la grande historia no le es extraña la investigación, laiciza las pretensiones tecnocráticas de la historia normal y las incluye en preguntas sustantivas: ¿qué es un pueblo? ¿Hacia dónde va la política? ¿Cómo se construyó la democracia? ¿Qué es una revolución social? ¿Hay una cultura nacional?, entre tantas otras.

Si se acepta la distinción, puede preguntarse, ¿qué clase de historia era la de Paul Groussac? He aquí mi tesis: Groussac cultivó la historia normal cuando estaba dotado para la grande. Primero quiero establecer el punto; más tarde ensayaré una explicación de por qué lo suyo era más próximo a la historia normal, en los tiempos en que ésta apenas nacía.

Para su época, el rigor con el que el estudioso francés se lanzaba como un tábano infatigable sobre los errores ajenos y los propios se hizo sentir. Hoy, esa desconfianza raigal de todo dato, es una actitud de rigor, o debería serlo para una historiografía que justifica sus incumbencias en la corrección empírica. Lo singular en Groussac es que la historia normal la practicaba con estilo narrativo. Hay pasajes de sus escritos que están muy por encima de la materia historiográfica tratada. Sin embargo es imposible compartir el balance de Luis Roque Gondra cuando proclama: “Groussac volvió [...] sus ojos de artista al panorama de la realidad. No reprodujo zurdamente rectificado, el cuadro de la historia tradicional. Dio, por el contrario, un

cuadro nuevo, más amplio de contenido y, por consecuencia, más profundamente humano, pletórico de vida y de color local, y libre de la maleza de abstracciones que había infestado muy explicablemente [...] la obra de sus antecesores”.⁶ Gondra debilita su enunciado cuando, poco después, describe el alcance del “nuevo cuadro” historiográfico groussaquiano. Recuerda las que a su entender eran sus mejores páginas, a saber, la descripción del Buenos Aires tardocolonial de los primeros pliegos del *Liniers*, el asesinato de Osorio en *Mendoza y Garay*, o los perfiles biográficos de *Los que pasaban*. Gondra rescata pasajes, viñetas, retratos, que están lejos de instituir una alternativa a lo que hostiliza llamando “la historia tradicional”. La ejemplificación no es inhábil, pues en efecto ese fue el mejor Groussac historiador; pero el resultado es fatal para su interpretación.

La inhibición del autor de *Del Plata al Niágara*, su reclusión al campo de la historia normal fue un rasgo percibido en su época. De hecho, el troteo contra Groussac al que se atrevieron los bisoños pero ambiciosos integrantes de la Nueva Escuela Histórica se explica porque ellos notaron que no había en su obra una perspectiva general que superar. Así fue que cuando Rómulo Carbia escribió su *summa* de la historiografía nacional pudo colocarlo entre los antecedentes de la tarea científica finalmente lograda después del Centenario.⁷ En 1929 Ricardo Levene y José Luis Romero propusieron razones distintas para explicar la historia normal de Groussac.

Levene opinó que el símil entre la historia y la arquitectura arriesgado por Groussac en el prefacio a *Mendoza y Garay* era inadecuado para establecer el horizonte científico de la historiografía. Groussac había afirmado allí que la historiografía era ciencia aplicada y ejercicio estético.⁸ Esa tesis pertenecía a un convencimiento más amplio: saber e intuición son compatibles.⁹ Levene le opuso el reparo de que lo necesario para la historiografía era inscribir sus narraciones en una “historia universal”: “El vistazo del pasado, para Groussac, además de verdadero es artístico, y no arranca a su espíritu la reflexión trascendental que era capaz de formular, no le invita a elevarse hasta abarcar el proceso de las series históricas o la marcha de un pueblo”.¹⁰ En otros términos, Levene reprochaba a Groussac realizar una obra inacabada, incapaz de atravesar el umbral de la monografía.

Romero, con otra actitud, atacaba el mismo problema. Su interpretación era diferente. El joven historiador recordaba la indicación del citado prefacio del libro de 1916, donde Groussac había señalado que para abordar una historia integral del Río de la Plata, su ensayo debía ser modificado en la composición de algunos pasajes. Romero negaba que con eso bastara. Como Levene, veía una traba interna para que sus historias devinieran una historia total. Su explicación era la siguiente: “Groussac profesa sin quererlo el culto de los hombres, algo que podría ser una exageración, una singularización del culto por lo humano”.¹¹ Sin embargo, la evaluación de Romero era defectuosa. Como se observará pronto, porque la

⁶ L. R. Gondra, “Paul Groussac”, en *Nosotros*, n° 242, julio de 1929.

⁷ R. Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina*, ob. cit.

⁸ P. Groussac, *Mendoza y Garay*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1949 (ed. original, 1916). Referencia en tomo I, p. 17; ver también, P. Groussac, “El romanticismo francés”, en *Crítica literaria*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1980, pp. 205-210.

⁹ P. Groussac, *Fruto vedado* (1884), México, Siglo Veintiuno, 2001, p. 152.

¹⁰ R. Levene, “El parentesco de la historia y la arquitectura según Groussac”, en *Nosotros*, n° 242, julio de 1929, p. 99. Dos décadas más tarde, en una alocución que conservaba el mismo título del artículo de 1929, Levene, presidente de la Academia Nacional de la Historia, rescindía su reclamo de una superación del límite monográfico de la historia. En la ocasión, subrayaba sobre todo la contribución de Groussac al refinamiento del método. En 1947 Levene estaba lejos de una aspiración a desplegar sus habilidades historiográficas en el cuadro de una historia universal y se conformaba con la pertenencia a una tradición que nació con Mitre. Por eso se cuidaba de reconocer la existencia de una Nueva Escuela Histórica. La pretensión de ofrecer un ciclo historiográfico singular había sido abandonada. R. Levene, “El parentesco de la historia y la arquitectura según Groussac”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vols. 20-21, 1947-1948.

¹¹ J. L. Romero, “Los hombres y la historia en Groussac”, art. cit., p. 109.

biografía groussaquiana era más que un esbozo de trayectoria individual. Pero más aún, porque nada condena a la biografía a ser una monografía, ejercicio capital de la historia normal. Antes de avanzar es necesario tomar el pulso intelectual de Groussac biógrafo.

La biografía como continente narrativo de la historia

El primer texto histórico groussaquiano de alguna relevancia es el *Ensayo histórico sobre el Tucumán*, de 1882, seguido un decenio más tarde por el *Ensayo crítico sobre Cristóbal Colón*. La última década del siglo lo encontró plenamente embarcado en un estudio sobre “el genio”. La obra, que permanecería inconclusa, aspiraba a ser el marco conceptual de una gigantesca visión de la historia y la sociedad; su aliento latiría en los posteriores escritos históricos de Groussac.¹² En ese tiempo aparece su introducción a *La locura en la historia*, de José María Ramos Mejía, que muestra su ambigüedad respecto a los usos del positivismo.¹³ Fue con el inicio de la serie *La Biblioteca* (1896-1898, sucedida desde 1900 por los *Anales*) que surgió el Groussac recordado en la historia de la historiografía. Atravesó el umbral de la crítica historiográfica con su debate contra Norberto Piñero en torno a la autenticidad del *Plan de operaciones* atribuido a Mariano Moreno.¹⁴ En 1907 reunió materiales, antes publicados fragmentariamente, en su *Santiago de Liniers. Conde de Buenos Aires*, y en 1916 vio la luz *Mendoza y Garay*. En 1918 apareció un tomo agrupando sus *Estudios de historia argentina*, seguido poco después por los retratos de *Los que pasaban* (1919). Algunos textos historiográficos, publicados antes como artículos, fueron recuperados en las *Páginas de Groussac*, de 1928.

Mentar la biografía en Groussac es discutir su obra en tanto que tal. Aunque Groussac distinguía entre la historia general y la biografía, sólo raramente emprendió una investigación que prescindiera de una trayectoria individual para penetrar en el territorio de los procesos colectivos. Las “biografías” de Liniers, Mendoza, Garay, Diego de Alcorta, entre otros, constituyeron el corazón de su quehacer historiográfico. Se podría exceder el campo historiador para interesar otros capítulos de sus escritos. Sus perfiles de procerato, sobre Estrada y Goyena, Avellaneda y Pellegrini, y sobre todo el de Sáenz Peña, fueron sus armas para intervenir en la política y en el ensayismo; sus “tipos” literarios, tan marcados por alusiones autobiográficas, modelaron la suspensión momentánea de la incredulidad en *Fruto vedado* y en *La divisa punzó*.

¹² P. Groussac, *Les Grands hommes. Nature et rôle du génie dans l'art, dans la science, dans l'histoire*, cuaderno de notas manuscritas, en Archivo General de la Nación (Argentina)-Fondo Groussac (en adelante AGN-FG), legajo 3017. He aquí los capítulos previstos: *Primera parte*: I. Teorías actuales; II. Doctrina psicopatológica. Los libros de Moreau, Morel, etc.; III. Doctrinas de Lombroso. “L'uomo di genio”; IV. Pruebas patológicas. Degeneración hereditaria; Neurosis; Signos degenerativos; V. Pruebas antropológicas. Influencias meteorológicas; VI. Pruebas estadísticas e históricas; VII. Estadísticas y biografías de los hombres de genio en las ciencias.; VIII. Estadísticas y biografías de los hombres de genio en las artes. *Segunda parte*: I. Genios contemporáneos; II. Genios actuales y virtuales. Paralelos; III. El genio en las ciencias; IV. El genio en las artes: pintura y música; V. El genio poético y literario; VI. El genio en la acción o el grande hombre; VII. El descubrimiento y la obra maestra; VIII. Conclusión. Especialidad del genio; relatividad de la obra maestra. Agregados de la historia y de la leyenda. Papel del genio en la historia de las civilizaciones.

En el artículo “El problema del genio en la ciencia y en la historia”, recuperado en este cuaderno como texto introductorio para este libro jamás concluido, anunciaba que constaría de dos volúmenes. Ver la versión aparecida bajo el título de “Génesis del héroe”, en *La Biblioteca*, t. 3, enero de 1897, pp. 137-151.

¹³ P. Groussac, “Introducción” a J. M. Ramos Mejía, *La locura en la historia* (1895), Buenos Aires, L. J. Rosso, 1933; ver también, del mismo, “La paradoja de las ‘Ciencias sociales’”, en *La Biblioteca*, vol. 2, 1896.

¹⁴ P. Groussac, “Los escritos de Mariano Moreno”, en *Crítica literaria*, ob. cit. La autoridad historiográfica de Groussac no iba de suyo, como lo demuestra el equívoco surgido a raíz de una presunta desautorización por extranjero que le habría dirigido Mitre, que éste se encargó de desmentir en una carta personal, pero cuya mera posibilidad devela una tensión sobre su situación de enunciador de historias.

¿Qué era la biografía histórica en Groussac? El mejor documento para saberlo es su *Santiago de Liniers*. En el prefacio, Groussac confirmaba su credo de que la historiografía es arte y ciencia, con algo de filosofía y de psicología.¹⁵ El objetivo del estudio era redimir al héroe francés de las acusaciones de traición que prevalecían en la historiografía. Para Groussac, Liniers había actuado en 1810 con la misma lealtad hacia la corona española demostrada durante las invasiones inglesas. Una meta secundaria era levantar la calificación de ingenuo y torpe que le había atribuido Vicente Fidel López (retomada por José María Ramos Mejía en *Las multitudes argentinas*).¹⁶ Tras un capítulo inicial donde reconstruía velozmente los primeros cincuenta años de su personaje, Groussac pasaba a narrar las dos invasiones inglesas y, luego de una acelerada referencia al interinato virreinal de Liniers, a los sucesos de Mayo de 1810 y el trágico fin de la historia con su fusilamiento en Cabeza de Tigre.

La biografía groussaquiana destaca un recorrido individual, en el que se subrayan los caracteres psicológicos y la capacidad decisoria. Sin embargo, el proceso adquiere una dinámica irreducible a los sujetos. Antes que testimonio de la contingencia en la historia, la biografía en Groussac es la prosa de un destino. Por eso el bibliotecario-historiador adelantaba aquí y allá el final del relato, sin que se perdiera su interés reconstructivo. La defensa del libre albedrío que había mentado en más de una oportunidad, en la literatura y en el ensayo, también aparece en la biografía. No obstante, para Groussac la realidad histórica era trascendente y transcurría sin que los sujetos la supieran. Así pues, en los primeros años del Buenos Aires decimonónico la plácida existencia colonial ocultaba procesos imperceptibles pero profundos: “Nada estaba cambiando por fuera, y la mayoría burguesa, que poco leía de allá ó de acá, –pues de la gaceta mensual, órgano de todo el virreinato, no se vendían doscientos ejemplares– nada sabía de lo que en la sombra germinaba”.¹⁷ El “genio”, marioneta de la historia antes que hacedor de la realidad, se introduce en el tejido temporal y social en evolución. Su acción se conjuga con muchos otros, pues “adquiriendo los actos individuales el alcance y carácter de acontecimientos históricos, ocurre, en efecto, que el personaje deja de pertenecerse. [...] la vida personal desaparece envuelta en el *papel*”.¹⁸ Es cierto, no obstante, que para la imaginación histórica de Groussac hay una diferencia subjetiva entre la persona del común y el individuo especial que es Liniers. El ascendente del héroe sobre la multitud, la “adhesión apasionada” que despierta, lo constituye en caudillo de la población. La admiración que suscita participa de los “arranques populares” que por definición para Groussac son “excesivos e inconscientes”.¹⁹ Los acontecimientos europeos ubican a Liniers en el lugar menos favorable, como francés, para conservar su poder cuando Napoleón, en 1808, sometió a la monarquía borbónica en la península ibérica. Esa fatalidad que lo iba a desplazar del cargo de virrey, se trocó enseguida en otra distinta, igualmente inexorable, una vez que la realidad política de las colonias se modificó, nuevamente, más allá de la conciencia de las personas. Eso ocurrió cuando se crearon Juntas en España y en América, que reclamaron en nombre del rey depuesto el ejercicio de la soberanía. Sobre ese proceso, escribe Groussac: “Nada, pues, del antiguo régimen había quedado en pie. El solo hecho de ser los propios gobernadores y capitulares, los que venían encabezando motines en estos dominios, con el pretexto de conservarlos a un rey cesante, demostraba a las claras que estas provincias no podían ya ser colonias”.²⁰

¹⁵ P. Groussac, *Santiago de Liniers. Conde Buenos Aires. 1753-1810*, Buenos Aires, Editorial Americana, 1942, pp. XVII-XVIII

¹⁶ Idem, p. 169.

¹⁷ Idem, p. 38.

¹⁸ Idem, p. 99.

¹⁹ Idem, p. 212.

²⁰ Idem, p. 273.

El trazo del destino y lo inconsciente desdibujan al héroe. ¿Cómo lograr entonces acrecentar su protagonismo? En primer término, confrontándolo con un antihéroe. El rol era cumplido por Francisco Javier Elío, el rebelde gobernador de Montevideo, al que Groussac aplica las armas teóricas provistas por Taine: el origen navarro de aquél explica sus desventuras y en especial su dureza de entendederas. Pero había aún otro expediente: el de la diferencia de género. Groussac apela al magisterio de Sainte-Beuve para “completar” la monografía con una “página femenina”. De esa manera el veterano Liniers adquiere una turgencia que de otro modo se extravía ante la resistencia de la historia. Entonces aparece la “Perichona”, una francesa atolondrada y jaranera que causó más de un estrago entre los deseos masculinos y los prestigios políticos. Con eso no basta, porque también la princesa Carlota Joaquina, lúbrica y lunática perdida según Groussac, es contrapuesta a la sobria nobleza asignada al “Conde de Buenos Aires”.²¹

La revolución de Mayo, oscura para sus propios hacedores, no lo fue menos para la contrarrevolución que propició. Una necesidad trágica debía terminar con la vida de Liniers, que no podía sino resistir el cambio, y la Junta tampoco podía eludir la represión con radical decisión –pues era cuestión de vida o muerte– a quien era un símbolo de resistencia. El juicio histórico de Groussac no se alzaba contra el destino inexorable, sino contra la innecesaria crueldad a la que fue sometido por sus captores.

La expresión cabal del límite de toda biografía surge en el juicio de Groussac sobre una obra dedicada a Napoleón Bonaparte, cuya intervención en la historia, si bien de una relevancia histórica mayor que la de Juan de Garay, fue de todas maneras de una mínima eficacia contrastada con los procesos colectivos. El grande hombre es explicable a través del estudio del medio que lo engendra.²²

La biografía es el género historiográfico preferido de Groussac por algo más que la defensa del individuo en la historia. Se ha visto que, en verdad, el héroe era un objeto más (aunque el catalizador) del proceso histórico. En esa faceta de su pensamiento, pertenecía al horizonte social de contacto polémico con el positivismo.

La sujeción de Groussac a la biografía no es un cargo suficiente para su aprisionamiento en la historia normal. ¿Por qué? Porque nada condena al género biográfico al detalle y a la particularidad que deja indemne las narraciones preexistentes. Es lo que acontece con *Santiago de Liniers*, que poco de sustancial agrega a lo conocido hasta entonces. El logrado estilo de varios pasajes es insuficiente para construir un renovado entendimiento historiográfico.

Tras este breve recorrido sobre la biografía puede retornar el tema del método en Groussac, que es desencaminado discutir al margen de su quehacer historiográfico efectivo.²³ Sus consideraciones metodológicas no derivaban de una convicción epistemológica, sino de una visión de lo histórico, muy al tono de sus convicciones sociales. Groussac fue un intelectual de formación decimonónica, de un medido evolucionismo, un creyente del progreso interminable. Consideraba que la historiografía, como la naturaleza y la sociedad, no da saltos. El saber histórico es acumulativo, autocorrectivo, progrediente, jamás perfecto. Conocer históricamente consiste en sumar más y mejores zonas de lo antes mal o poco conocido (ello vale para la documentación y la narración). En alguna de sus fichas de trabajo dejó escrito que “Hay que figurarse en conjunto la historia como una ciudad espiritual en perpetua construcción y renovación”.²⁴ En otra tarjeta consignó esta metáfora, también

²¹ Idem, pp. 256-294.

²² P. Groussac, *Mendoza y Garay*, ob. cit., vol. 2, p. 14.

²³ Ezequiel Gallo, “Paul Groussac: reflexiones sobre el método histórico”, en *Historia*, n° 3, septiembre de 1981; Julio Stortini, “Teoría, método y práctica historiográfica en Paul Groussac”, en AA.VV., *Estudios de historiografía I*, Buenos Aires, Programa de Investigaciones sobre Historiografía Argentina-Biblos, 1997.

²⁴ AGN-FG, legajo 3018, resumen 26, folio 3, título: “Historia”.

encuadrada en la imaginación del conocimiento acumulativo: “Debemos considerar toda historia del pasado, monográfica o general, como una excursión, una exploración de una comarca poco conocida y apenas salpicada de poblaciones aisladas, sin vínculo orgánico. Claro está que el resultado de la exploración depende a la par del método (meta-odos) seguido, y de las aptitudes individuales [...] del explorador, sobre todo de su facultad para discernir entre los rasgos del paisaje y las formas individuales [...]. Y apenas se necesita decir que las exploraciones sucesivas –siendo todas ellas fragmentarias– ofrecerán un aspecto diferente del objeto, sin agotarlo ni comprenderlo en su varia totalidad. Y por cierto que si esto es cierto en relación al espacio, lo será a fortiori en relación al tiempo”.²⁵

Groussac se remitía a la biografía como monografía porque no aspiraba a cuestionar la narrativa historiográfica dominante, sino a lo sumo, añadir fragmentos y corregir algunas piezas imperfectas. Su interés de conocimiento era demasiado personal, como “desterrado” francés, para constituirse en nuevo saber. No obstante, el método y la forma no condenaban a Groussac al fragmentarismo; Aby Warburg y Walter Benjamin mostraron que lo fundamental puede ocultarse en los detalles. A mi juicio es preciso realizar un análisis de otro aspecto de Groussac. Su causa, en realidad, trasciende a Groussac como sujeto singular; más exactamente, se ubica en el preciso lugar en que era un sujeto del otro, que en Marx se nombra como *ideología*, y en Freud se lo teoriza como *inconsciente*.

Historia e ideología

La historia normal de Groussac ofrendó algunas gemas historiográficas, cuya cumbre es el *Santiago de Liniers*. Allí estaba también su límite para transformar una comprensión de la historia. Ésta exigía algo más que una sofisticada lucidez epistemológica, que sin duda lo situaba más allá de su época, y sobre todo de los emergentes profesionales de la disciplina historiadora. Su ambición de lubricar la historiografía con los flujos del arte, no fue suficiente para alterar el rumbo que prosperaba en los ámbitos académicos de Buenos Aires y de La Plata. Hemos visto que Levene y Romero propusieron dos explicaciones distintas de la inhibición historiográfica de Groussac. Ambas eran inadecuadas. La de Levene porque le oponía la ausencia de una universalidad narrativa, la de Romero porque había entendido sesgadamente el molde biográfico de la vocación historiadora del francés. Las conjeturas de Levene y Romero, sin embargo, nos proveen de una enseñanza: la ponderación de la narrativa en la práctica historiadora estimula su inteligencia creativa, pero no engendra un nuevo ciclo historiográfico.

La emergencia de una visión renovada de la historia demanda vertebrar un proyecto intelectual. ¿Por qué buscar en Groussac una alternativa a la historiografía argentina que, sorteando el trecho del positivismo, pasaba su tea de Mitre a Levene? ¿Por qué hacerlo si el propio Groussac no pretendió jamás otra cosa que corregir los indolentes hábitos mentales que observaba en su “destierro” argentino?

Se ha dicho, con razón, que su estilo era singular. ¿Cuáles fueron sus reales efectos historiográficos? Groussac no introduce la literatura en la historia. Groussac, polígrafo, transita desde la literatura (y la crítica literaria) a la historiografía, acarreado inclinaciones y enseñanzas estéticas. Pero en él la función del estilo escritural no es interna a la historiografía, sino que posee una función aleatoria. Por lo tanto, la forma literaria conserva la distinción entre el contenido documental y la forma literaria. Así lo estipulaba en su ensayo sobre José Manuel Estrada: “Para nosotros, lo que en la historia resulta tan interesante como las pinturas o los juicios del autor, es la rebusca de los materiales que le sirvieron para elaborarlos. La belleza

²⁵ AGN-FG, legajo 3018, resumen 26, folio 8, título: “Historia”.

de la forma viene por añadidura: no por cierto como un adorno baladí, sino como un complemento necesario aunque subordinado a la solidez del fondo, constituido éste por los hechos auténticos, filtrados al tamiz de la crítica”.²⁶ En otro lugar, le asignaba a la imaginación literaria una función aun más accesoria, porque era profundamente individual, subjetiva: “Como el trabajador que canta para distraerse de trabajo tedioso, confieso que, por momentos, he sentido la necesidad de levantarme un tanto pobre el nivel intelectual de Chaves y Melgarejo y el antiguo Cabildo de Asunción...”²⁷ Groussac distinguía entre la coloración aportada por la imaginación y la verdad. Así, por ejemplo, dice sobre la figura de Felipe II compuesta por Ramos Mejía: “El retrato que de él ha hecho el autor es vivísimo, pero pierde allí la verdad cuanto gana el arte”.²⁸ La historia narrativa que era la suya se mantenía en los márgenes de la interpretación, o quizás, en los intersticios que la documentación no lograba cubrir.

¿Cómo nace un ciclo historiográfico? A través de la creación de una grande historia, o más exactamente, de una perspectiva materializada en un relato que se torna un nuevo “modelo ejemplar”. Pero: ¿qué condiciones exige una historia de ese calado? Distingo tres atributos dentro de la práctica historiadora. El primero es un compromiso historiográfico sustantivo; la grande historia es más que un pasatiempo. El segundo es la narrativa: una grande historia es más que el apareo de una teoría y una caterva de documentos; es preciso que ella invente una relación diferente con las fuentes, y esa relación se funda literariamente. El tercer elemento es la ideología, es decir, el sistema de referencias que incluso a pesar de sus practicantes liga los sentidos del saber con los dilemas de la realidad “extratextual”.²⁹ En suma, labor historiadora, literatura e ideología, son las tres partes integrantes de una grande historia.

Desde estas distinciones, podemos preguntar: ¿de qué manera escribía sus historias Groussac? Como historiador siempre subordinó sus intereses a las condiciones materiales de su función directiva en la Biblioteca Nacional. La disponibilidad de las fuentes en los archivos accesibles condicionó sus indagaciones. No interesa que no fuera un burócrata de la historiografía; lo importante es que cumplía su faena sin plantear una especificidad epistémico-práctica para la historia. Como narrador, qué duda cabe, estuvo mejor dotado que sus contemporáneos. Pero eso no fue suficiente.

El campo de la ideología es el que revela su debilidad esencial. Sus interpretaciones históricas fundamentales de la historia nacional se mantuvieron en el horizonte político y cultural del Ochenta. En los inicios del roquismo había ajustado cuenta con el “socialismo” de Esteban Echeverría, distanciándose de su saintsimonismo para defender la clásica idea de que el egoísmo de muchos resulta en la prosperidad general.³⁰ Su liberalismo y elitismo lo encerraron en el marco historiográfico del mitrismo; el problema de Groussac no fue exactamente el de haber sido mitrista, sino el de no haber podido exceder la narrativa instalada por el autor de la *Historia de San Martín*. Groussac aceptó, sin imponerle gabela, la dicotomía de civilización y barbarie. Hoy es sencillo reprochárselo. En su época, Groussac no dudó jamás de la certeza fundamental que asistió a Rivadavia y a Sarmiento, a Mitre y a Roca. Sus reconvenciones eran tangenciales y meramente correctivas. Coincidía con ellos en que “las masas” no eran las depositarias de la soberanía, porque no eran las portadoras de la razón.

²⁶ P. Groussac, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Taurus, 2001, p. 78. En esa misma vereda, postulaba la distinción entre el “ensayo” tal como lo practicaron Macaulay y Carlyle, y la “historia”, donde el “dibujo debe ser escrupulosamente exacto, no así el color, esencialmente artístico y el personal”. Véase, *Santiago de Liniers*, ob. cit., p. 27.

²⁷ AGN-FG, legajo 3018, resumen 26, folio 3, título: “Historia”.

²⁸ P. Groussac, “Introducción” a *La locura en la historia*, ob. cit., p. 12.

²⁹ Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, Madrid, Visor, 1989.

³⁰ P. Groussac, “Esteban Echeverría. La Asociación de Mayo y el Dogma socialista” (1882), en *Crítica literaria*, ob. cit., p. 307.

Groussac explicó claramente cuál era el rasgo conciente de su imaginación social: “La filosofía de la historia, que, para mi uso propio, tengo extraída de mis lecturas y reflexiones es que, a pesar de la tradición y de los hábitos heredados, el orden social representa un estado ficticio y precario. Lo natural es el desorden; y sólo merced a todo un sistema complejo de diques y defensas es como la fábrica resiste al empuje exterior y no pelagra la civilización”.³¹

La actitud de Groussac no era meramente conservadora. Creía que las élites merecían su jerarquía por la renovación, un poco a la manera de la circulación de las minorías selectas imaginada por Wilfredo Pareto: “no hay equilibrio estable sin la fuerte trabazón de la jerarquía. La única igualdad, que no signifique una quimera, es la virtual, o sea la que, sustituyendo a las castas cerradas con las clases abiertas, permite el vaivén libre y fecundo de la savia nacional, que renueva incesantemente las aristocracias vitalicias de la moralidad activa, del talento bien empleado, de la fortuna bien habida”.³²

El sistema de sus amistades y de sus distancias, que surge meridianamente en *Los que pasaban*, revela el marco ideológico de su pensamiento. La reforma al régimen electoral impulsada por Sáenz Peña e Indalecio Gómez lo situó del lado de los reaccionarios. Su respuesta a la crisis de legitimidad de la oligarquía consistía en proponer que se constituyera una élite a la europea.³³ Desde ese mirador, la mejor historia era la de los héroes.

Conclusión

La narrativa historiográfica de Groussac tuvo dos objetivos: rastrear en la historia el lugar del héroe extranjero y sumar un nuevo zócalo a lo ya sabido, siempre tras una leve corrección. Su escritura pretendía la integración y no la escisión. El duro vocabulario *ad hominem* que solía emplear no debe ser confundido con el auténtico desacuerdo intelectual (incluso si, como sucedió con Piñero, eso afectara en algún grado la publicación de una revista).

Groussac expresaba su inclinación conciliadora en la conclusión del *Santiago de Liniers*, anticipando la tarea historiográfica que exigía el próximo Centenario: “ahora, en vísperas del centenario de Mayo, no basta ya que cada nación haya recogido a sus grandes muertos para glorificarlos a solas en sus Panteones. A esta le toca el augusto deber de adoptar a la par de los suyos a los contrarios, como que las primeras víctimas de la patria nueva eran los últimos héroes de la patria vieja; y en la mezcla de verdades y errores por los cuales unos murieron y

³¹ P. Groussac, “La presidencia de Rivadavia”, en *Páginas de Groussac*, Buenos Aires, Editorial América Unida, 1928, p. 234.

³² Idem.

³³ Carta de P. Groussac a Roque Sáenz Peña, 21 de febrero de 1911, en AGN-FG, legajo 3015, “Correspondencia 1881-1929”: “Persisto en creer que el nuevo procedimiento [electoral] poco alterará el producto, y que de él no fluirá cambio notable en la composición y estructura del Congreso. Por cierto que conoce V. mejor que yo la metrópoli y su provincia; acaso me sea más familiar la idiosincracia de lo que llamamos el ‘Interior’. Ahora bien: el Interior es el que legisla, como lo vemos -es decir, el que despilfarra y des gobierna. Así las cosas, apenas puedo contemplar un paliativo al mal reinante, en la garantía del sufragio libre, mientras no tenga otro efecto que el de subsistir la candidatura oficial por otra de valor y significado idénticos, aunque surja de un comité independiente y triunfe gracias a las mismas turbas venales o maquinales, con prescindencia o impotencia de la minoría, consciente y culta. [...] Ello no significa en modo alguno que la libertad electoral no sea el *instrumento* necesario del gobierno democrático; niego únicamente que sea su *esencia*. [...] Lo que más importa entonces, mi querido Presidente, el problema que merece plantearse ante el gobierno que se inaugura con el triple prestigio del aura popular, del talento personal y del acendrado patriotismo, es la formación inicial de una verdadera clase dirigente, con aptitudes intelectuales y condiciones morales análogas a las del grupo similar europeo”. En este plano, la prevención contra las mujeres era la contraparte (como acontecía, lo hemos visto, para la fortaleza de los héroes viriles en sus obras biográficas) del orden político deseable. Lo había establecido mucho antes de la Ley Sáenz Peña: en 1882, al justificar el uso oligárquico del voto, decía: “Con el sufragio limitado, que es una selección, buenas razones haríamos valer en contra de las mujeres electoras: con el sufragio universal, no hay objeción seriamente sostenible”. Véase P. Groussac, “Esteban Echeverría”, ob. cit., p. 329.

otros mataron, no descubre en la historia un solo elemento egoísta e impuro, sino el móvil idéntico del patriotismo, cuyos choques sangrientos han sido y serán aún por muchos siglos la condición generadora y el rescate de la civilización”.³⁴ El tono de su obra histórica era, así, estructuralmente conciliadora. En ese sentido se justifica el anacronismo de que fuera normal antes de la consolidación de la historiografía académica.³⁵

Groussac murió ciego en 1929. Quizás por fortuna, no pudo ser testigo del derrumbe de la Argentina que lo había acogido y a la que había intentado disciplinar intelectualmente. Fue recién entonces que la crisis exigió una renovación de la historiografía. Los relatos heredados eran manifiestamente inadecuados para comprender el drama que había devastado los sueños de progreso de la oligarquía y la vocación transformista del radicalismo. Entonces surgió una vacancia historiográfica que la Nueva Escuela Histórica no estaba dispuesta a cubrir. Sí lo hicieron los hermanos Irazusta y Raúl Scalabrini Ortiz. Dos jóvenes, Rodolfo Puiggrós y José Luis Romero, aun en fragua intelectual, se preparaban para ser grandes historiadores. Aquí no interesa que fue de ellos. Lo fundamental es que percibieron lo que Groussac no podía ver ante el fin del “progreso argentino”: el desmoronamiento del modelo ejemplar de Mitre y la senilidad precoz de Levene, y por fuerza, la sed de una grande historia que, al interpretar de otro modo el pasado, replanteara el porvenir nacional. Por eso debemos prevenirnos de exigir a Groussac lo que nadie podía ofrecer en la Argentina del conflictivo medio siglo de prosperidad que siguió a la Campaña del Desierto. Groussac, como tantos de su generación, estaba impedido de desidentificarse de la experiencia del tiempo en que había vivido, porque lo real que habitaba ese mundo feliz para la clase dominante y sus élites –esto es, la fragilidad de la renta diferencial como motor central de la economía y la incapacidad oligárquica para contener a la democracia de masas– aun estaba domeñado. Pero aún falta algo.

La soledad de Groussac es un índice inequívoco del carácter individual de su búsqueda. La grande historia nunca es una producción individual. Una somera observación de todo gran historiador percibe que existió en una red de productividad histórica. Thompson no fue solamente Thompson; junto a él estaban Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric Hobsbawm, Perry Anderson. Ginzburg tampoco escribió en soledad; su obra se comprende en el horizonte de una búsqueda compartida con Giovanni Levi, Edoardo Grendi, Franco Ramella. La comunidad de investigación emerge cuando refracta creativamente una necesidad social, cuando ampara la demanda de una “generación” (que nada tiene que ver con la edad, porque una generación se define por la actitud ante la crisis). La historiografía que funda nuevos sentidos y saberes es más que un artefacto universitario; quiere ser un instrumento de praxis, una promesa de transformación, incluso si esta es retrógrada, reaccionaria, como en Taine. Los ingleses y los italianos tenían deseos ideológicos junto a sus inquietudes archivísticas y narrativas. Nada de eso era accesible a Groussac. No era esperable que fuera un gran historiador. Careció de la feliz desgracia de padecer una crisis en que todo lo sólido se desvanece en el aire. No tuvo la experiencia crítica que en la Argentina significaron un 17 de octubre de 1945, o un 19 y 20 de diciembre de 2001. Cuando *algo* sucedió en vida de Groussac, como el 26 de julio de 1890 (la "revolución del 90"), su actitud fue conservadora.

Introducir la realidad historiográfica contemporánea es útil para comprender la diferencia del horizonte teórico-narrativo de Groussac. Hoy nos encontramos ante una vacancia narrativa; los relatos y las prácticas historiográficas disponibles son impotentes para representar un pasado cuya interpretación aparece como indecisa, o "histérica" en el sentido psicoanalítico; hoy necesitamos crear una grande historia. Groussac no podría ser una fuente inspiradora,

³⁴ P. Groussac, *Santiago de Liniers*, ob. cit., pp. 396-397.

³⁵ En un pequeño artículo (“Ricardo Levene, un historiador del Centenario”, en *Todo es Historia*, n° 463, febrero de 2006) he intentado mostrar las razones por las cuales Levene se mantuvo dentro del horizonte historiográfico aun regido por los aires culturales de 1910; con un recorrido muy diferente, Groussac también ancló en esa fecha patria el norte de su imaginación histórica.

salvo por su sensibilidad literaria, que es lo perdurable de su obra (en efecto, a diferencia de Bartolomé Mitre o de Adolfo Saldías, la prosa histórica grousseauiana aun se lee con placer y de su vigor se extraen no pocas enseñanzas). Sus contrariedades, en cambio, pueden socorrernos en el rastreo de los caminos en que una colectividad investigadora movilice la pasión del archivo, el entusiasmo estético y la avidez ideológica, es decir, los insumos indispensables para forjar un nuevo y grande ciclo historiográfico.